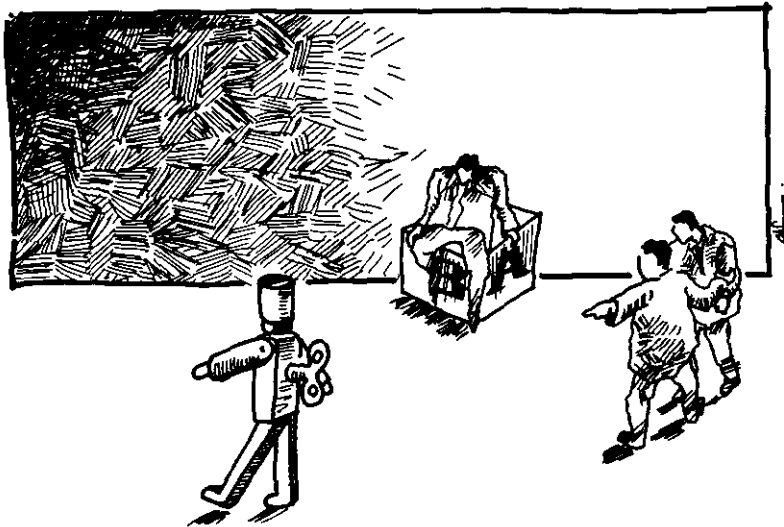


CUENTO:

El Juguete

Luis Valencia Rodríguez



No es verdad que con el transcurso del tiempo se borran los recuerdos. Por lo menos esa borradura no acontece en todos los casos, en especial cuando ciertos hechos han quedado permanentemente grabados en el fondo del alma. Es innegable que los años pasan con vertiginosa rapidez y que con su paso viene el olvido. El momento que menos lo

esperamos hemos dejado atrás la niñez, la juventud, los mejores años de nuestra existencia, para acercarnos peligrosamente a los últimos escalones de la vida, cuando los recuerdos parecen desdibujarse en la memoria, mientras algunos surgen con inusitado vigor... Cada día que se escapa nos deja una nueva vivencia de cosas que hemos realizado,

de deseos siempre insatisfechos, de ilusiones que se han marchitado o de pensamientos irrealizables. Todo ello va incrementando el montón de los recuerdos y, cuando ellos nos hacen revivir instantes de alegría o de satisfacciones —que por desgracia son pocos—, afloramos los tiempos pasados. Pero cuando nos traen a la memoria horas de angustia, nos causan

desasosiego y nos oprimen el corazón. Por ello, no podemos vivir apegados a los recuerdos porque inclusive los que nos rememoran momentos de alborozo o de dicha nos señalan al mismo tiempo que no es posible resucitar lo ya vivido y este sentimiento tiene un inevitable sabor de amargura. Definitivamente no podemos vivir del pasado.

Lo que siempre recuerdo es que las fiestas de Navidad de mi niñez pasaron casi inadvertidas dejándome un no sé qué de duda o de insatisfacción. Fueron el espejismo de lo inalcanzable.

Son ya muchos los años que han pasado desde aquellos días de mi infancia, pero llevo en mi memoria la sensación que entonces experimentábamos quienes éramos niños en esos tiempos.

Varios días antes del 25 de diciembre, las calles y plazas de la ciudad se iban atosigando de júbilo. Las tiendas y los negocios, hasta los más modestos de los barrios más apartados y pobres, se abastecían de mercaderías y sobre todo de juguetes. La Navidad era antes una fiesta esencialmente infantil y aún no se la había comercializado hasta

los extremos que actualmente tenemos que soportar.

Las familias, ricas o pobres, se aprestaban a festejar a sus pequeñuelos, pues la fiesta era de ellos y para ellos. En las escuelas se preparaban actos apropiados en los que las partes fundamentales constituían la recitación de loas o alabanzas para homenajear al Niño Dios o el cántico de versos llenos de alegría y de promesas; se hacían representaciones teatrales con motivos navideños. Los maestros se esforzaban por exhibir, para regocijo de sus alumnos, el consabido nacimiento o pesebre. En los hogares también se hacían y adornaban los nacimientos: en las casas de los pudientes con derroche de lujo, y en las de los humildes con la expresión de la sencillez, que seguramente mejor reflejaba la bíblica realidad del advenimiento de Jesús. Alrededor de los pesebres no faltaban los juguetes que, según afirmaban nuestros padres, nos había traído el Niño Dios para premiar las buenas acciones que nosotros, los pequeños habíamos cumplido en nuestras casas o en la escuela. Un carrito de madera o de lata, un tambor, una corneta, una

muñeca de trapo hacían esa momentánea felicidad con que lo niños soñábamos en la noche de Navidad.

Recuerdo bien que mi madre había preparado un pobre nacimiento cerca de mi camastro. Lo había adornado con ramas de eucalipto o de otras plantas silvestres, con un poco de musgo y unas pajitas. Había colocado unas pequeñas figuritas de barro mal cocido, pintadas con colores chillones, que representaban a algunos animales como bueyes, vacas, ovejas. Había estatuillas de unos hombres con hábitos que, según mi madre, eran los pastores. Eran figuras, toscamente labradas, que debían tener sus años, pues habían sufrido roturas y se veían claramente las soldaduras caseras. El pobre buey había perdido sus cuernos y una pata, pero todavía cumplía su función navideña. Conocí esas estatuillas desde que tenía uso de razón y mi madre las guardaba, según después pude darme cuenta, con especial esmero, en un cajón de madera, donde atesoraba lo que en mi casa era lo más apreciado: viejos recortes de periódicos, alguna revista, fotografías estropeadas por el tiempo, algunos vestidos completamente

deteriorados por el uso, un antiguo reloj de pared que nunca se lo puso a funcionar, una cajita que dizque contenía las joyas de mi madre y que años más tarde comprobé que en ella apenas había unos collares y pulseras de aquellos que expenden como baratijas los mercaderes ambulantes. Ese había sido su preciado joyero. Las verdaderas joyas que mi madre había logrado reunir en su juventud habían sido vendidas o empeñadas hacia mucho tiempo, para afrontar situaciones de penuria.

Pero lo importante era que en esa noche tenía mi nacimiento. Había sido preparado especialmente para mí a fin de alegrarme en la noche de Navidad. Alrededor de las ramas de plantas silvestres, entre las que sobresalían las de eucalipto, mi madre había pegado en la pared algunas imágenes de Jesús, la Virgen María o de los santos de su devoción. En la noche del 25, aparecía la figurita del Niño Jesús, una estatuilla de madera barnizada, con el rostro sonriente y sonrosado, con una especie de falda larga de una seda descolorida y deshilachada que ya no podía ocultar los años transcurridos. Este

conjunto constituía lo que podía ser el coro que refulgía en la miseria de nuestra casita, compuesta apenas de un simple cuarto y una pequeña cocina adyacente. Una cama donde dormían mis padres; un estrecho camastro para mí, una vieja mesa central donde había —según creo— uno o dos floreros de plástico siempre vacíos; dos o tres sillas de mimbre, desvencijadas, con los espaldares agujereados; un sofá con su tapicería descolorida y en jirones; una especie de cómoda o baúl antiguo —otra reliquia familiar— donde se guardaban las prendas de vestir, el cajón de madera con los tesoros de la familia y otros objetos: he allí los muebles de nuestro hogar. En el cuarto colgaba desde el techo una sola bombilla de escaso voltaje que pretendía iluminar toda la habitación. En la cocina, donde siempre comíamos sentados sobre cajones de madera, nos alumbrábamos con la misma bombilla del cuarto, pues cuando la necesitábamos por la noche la llevábamos con nosotros, ya que para ello estaba provista de un largo cordón eléctrico.

Ese era el hogar de mi niñez, desde donde todos los días salía muy

temprano para la escolita de mi barrio de San Juan. Mi padre, pintor de profesión, hacía todos los esfuerzos posibles para ganar algún dinero a fin de sostener los gastos de la casa. Mi madre ganaba también algo en obras de costura que algunas vecinas —gente también pobre y sin recursos— le encargaban de vez en cuando. Así se desenvolvía la vida de mi casa, donde a diario faltaba dinero para atender aun las necesidades más apremiantes.

Han pasado muchos años desde entonces. La casa donde se desarrolló mi infancia ha desaparecido. El barrio se ha transformado por completo. Se han abierto otras calles, todas pavimentadas o adoquinadas, y ahora las casas disponen de agua potable y canalización, servicios que entonces eran lujos desconocidos. Se han construido nuevas viviendas que seguramente reúnen las condiciones indispensables de comodidad que antes eran inexistentes. El barrio actual ya no es el barrio donde yo viví y al que tanto amé.

Tendría en aquella Navidad quizá ocho o nueve años, pero recuerdo perfectamente lo que

aconteció esa noche. A pesar de que la casita, en que mis padres arrendaban esa habitación, estaba bastante alejada de las calles principales, pues a ella se llegaba por un acceso de tierra simplemente aplanada, repercutía hasta allí el bullicio de la Navidad.

Comimos muy temprano, como de costumbre, aproximadamente a las siete de la noche. Para solemnizar el acontecimiento navideño, sin duda, era la primera vez —que yo lo recuerde— que mi madre había preparado un apetitoso pollo con arroz, en lugar de la acostumbrada taza de agua de raspadura que la mezclábamos con "máchica" para hacer nuestro suculento "chapo" nocturno. Claro que aquella fue una comida muy especial.

La conversación entre mis padres giraba, como acontecía frecuentemente, sobre las necesidades de la casa. Mi padre comentaba sobre su trabajo:

—Durante estas fiestas es imposible conseguir algo. Todos están preocupados por la Navidad. Después de la pintura de la casa de la calle Ambato, hace ya más

de quince días, no he tenido nada que hacer. El contratista Andrade, quien más trabajo me ha dado, tampoco ha conseguido obras. Es una mala época...

Y mi madre, en una especie de queja y de conformismo con la situación, comentó:

—Son ya tres semanas que la comadre Rosario no viene a retirar la falda que me mandó a componer. Y son diez sucres que tenemos allí. Anteayer me dejaron una bata para achicar. Pero eso no pasa de tres sucres...

Como recobrando la esperanza, mi padre añadió:

—Quizá después de la Navidad se encuentre un poco de trabajo... Si no, tendremos que empeñar algo... Pero ya no nos queda nada de importancia... Quizá tu máquina de coser...

Mi madre, para quien su máquina era el instrumento de su trabajo, replicó:

—Pero, ¿cuánto podríamos sacar por ella? Como es máquina antigua y manual, don Andrés nos dará muy poca cosa. Quizá unos quince o veinte sucres...

—De lo que me

alegro —volvió a comentar mi padre— es de que por lo menos hemos podido pagar un mes de arriendo. Ahora sólo debemos dos...

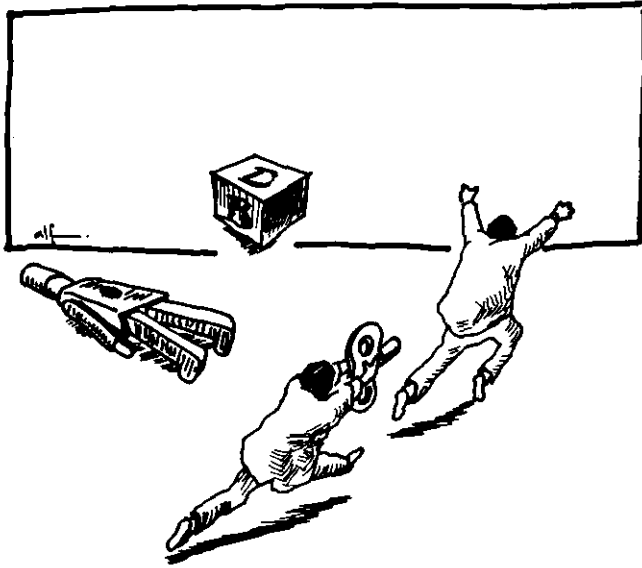
El ruido de los chicos que jugaban afuera me hizo recordar la fiesta navideña. Después de comer, mi madre había iniciado las oraciones del último día de la novena del Niño, oraciones que, durante esas nueve noches, seguíamos con devoción junto al pobre pesebre hogareño.

De repente, terminado el rezo, cuando normalmente debía acostarme, me sentí triste, invadido por una tristeza infinita, como la que inunda a quien ha perdido lo que nunca tuvo.

—¡Papá! ¡Papá! ¿por qué el Niño Jesús no me ha traído un juguete?

Mi padre se sorprendió ante la repentina pregunta mía. Me miró con sus grandes ojos que denotaban desconsuelo y me replicó prontamente:

—Toñito, vos tienes todo: tus padres que te quieren, que te cuidan y que te mandan a la escuela para que aprendas muchas cosas útiles y seas más tarde un gran hombre, orgullo de la familia. Ni tu mamá ni yo hemos



tenido la suerte de terminar la escuela. Vos la tendrás, como la tiene también tu hermano. Tienes salud y una casa donde puedes vivir cómodamente. Tienes comida. Otros niños de tu edad no tienen nada, ni siquiera una pequeña parte de lo que nosotros tenemos. No importa que hoy no tengas juguetes. Será otra vez. En tu vida tendrás muchas Navidades y Dios te dará muchas cosas hermosas. Además, en la escuela te dieron una bolsita de caramelos, unos cuadernos, lápices y un borrador. ¿Qué más quieres? Eso que te han dado te servirá mucho,

más que los juguetes. Ya verás...

El razonamiento de mi padre no logró convencerme:

—Sí, papá. Pero quiero un juguete. Todos los compañeros de la escuela tienen juguetes. ¡Papá! ¡Yo también quiero un juguete!

Mi madre creyó del caso intervenir:

—Los juguetes, Tofito, no hacen la felicidad de los niños. Tienes que pedir a Dios que dé trabajo a tu papá porque así tendremos dinero para comprar muchas cositas, hasta para juguetes. Ya vez como tu

hermanito mayor, por ser buen estudiante y porque pidió a Dios con mucha fe, tiene ahora una beca magnífica. Mañana, por la Navidad, saldrá de su internado y estará aquí contigo. Vendrá a pasar el día con nosotros. Prepararé un almuerzo que te va a gustar... Te vas a lamer hasta los dedos...

Nada podía hacerme cambiar en mi determinación:

—Quiero un juguete. Nunca lo he tenido. Mamá, yo también he pedido a Dios, pero Dios no me ha oído. El no me quiere...

Mi madre palideció. Se sobresaltó:

—¡Ay, Jesús! No digas esas cosas, hijito. Te perdono porque eres un niño y no sabes lo que dices. Dios nos escucha todo. El nos cuida y nos da salud. El es muy bueno con nosotros... ¿Qué haríamos en nuestra vida sin Dios?

—Mamá, ¡quiero un juguete...!

Recuerdo que, ante la imposibilidad de conseguir mi propósito, comencé a lloriquear. No tenía ningún otro recurso para convencer a mis padres. me sentía defraudado, impotente. Creo que fue mi padre quien encontró la solución. Dijo a mi

madre:

—Me parece que lo podrías llevar a la Plaza Grande para que le compres alguna cosa... algún juguetito pequeño del que se aficione Tofito...

—Pero, Aníbal —recuerdo que replicó mi madre— solo tengo los ochos sucres que me diste para el almuerzo de mañana...

—¡Qué vamos a hacer! Con que no gastes todo... Algo se puede conseguir con unos tres o cuatro sucres. Ya veremos qué hacemos mañana.

Mi madre me tomó de la mano y salimos hacia la Plaza Grande, donde durante las fiestas de navidad se podía conseguir cualquier cosa, juguetes y objetos de poco valor, buscapiés, petardos, rollitos de serpentina, frasquitos de perfumería barata, agua de colonia. En los portales del Palacio Arzobispal y del Municipio había puestos de venta de esas baratijas. Se los llamaba comúnmente "cajoneras" porque las mercancías eran transportadas en cajas de cartón de diferente tamaño y los puestos de venta eran atendidos por mujeres del pueblo, generalmente propietarias del negocio. Ellas eran las "cajoneras".

Llegamos al bullicio de la Plaza. Apenas se podía transitar por los portales. Aparte del espacio que ocupaban las "cajoneras", donde se exhibían las mercaderías de venta, circulaban mucha gente de toda edad y de distintas clases sociales o económicas, ya sea para adquirir alguna bagatela o ya para entretenerse mirando lo que se ofrecía y tal vez haciendo cálculos mentales sobre las propias posibilidades económicas para afrontar las fiestas navideñas. Sin preocuparse por la seguridad de nadie, chicos y grandes hacían explotar petardos, cohetes o camaretas, pero sobre todo los buscapiés, que provocaban las delicias especialmente de los pequeñuelos.

Mi madre observó los juguetes en varios sitios. Negociaba seriamente con las vendedoras. Cogido de su mano, escuchaba yo que le pedían diez, doce, quince sucres por carritos de lata, tambores, cornetas... Al fin, prestó especial atención a unos perritos de goma. Me pareció que la vendedora le pidió cinco sucres o algo así. Mi madre regateó y recuerdo que la compra se concretó en cuatro cincuenta. Me preguntó si me gustaba el

juguete. Claro que sí. Era un juguetito que finalmente iba a ser mío, sólo mío. Mi corazón saltaba de gozo. Mi madre compró el perrito de goma que, al apretarlo por la barriga, sacaba por el hocico una lengüita roja, y simultáneamente, sonaba un silbato colocado en la parte inferior del animalito. Mi madre, además, gastó cincuenta centavos en una bolsita de colaciones también para mí solo. Yo no cabía de felicidad. Con mi perrito de goma y mi bolsita de colaciones regresamos a casa. Apresurábamos el paso, pues yo quería mostrar a mi padre el juguete que era mío. Yo era otro. Dios me había escuchado... Mañana compartiría mi dicha con mi hermano que debía salir de su internado para pasar con nosotros la fiesta de Navidad.

Cuando llegamos a casa, mi madre orgullosa de sus adquisiciones, las mostró a mi padre. Le informó sobre lo que habían costado, luego de pedir las rebajas consiguientes, y le dijo que aún le quedaba algún dinerillo para el almuerzo del día siguiente. Estaba tan contenta... Apretó varias veces al perrito de goma para que mi padre también compartiera la

alegría que le embargaba. Pero, de repente, el perrito enmudeció. Ante el asombro de todos, mi madre comprobó que la lengüita se había roto. Al volver a aplastarlo, el perrito ya no hacía la única gracia que nos divertía y, por supuesto, el silbato quedó silencioso. ¡Qué espanto! ¿Para qué me servía el juguete, mi único juguete? Ya no sacaba la lengua ni silbaba. Era un juguete muerto, acabado. ¡Mi único juguete! Debí transformarme porque sentí que algo me oprimía en la garganta. Me faltaba la respiración. Quería llorar pero mis ojos, completamente abiertos ante lo incomprensible, se resistían a derramar lágrimas.

Mi madre debió comprender mi angustia. Se puso nuevamente su raído abrigo, cogió su cartera y, diciéndome un simple "Espera..." salió del cuarto... Contemplé a mi padre. Guardaba silencio. Compartía conmigo el vacío que yo sentía. No me dirigió ninguna palabra. Cogió el viejo libro sobre la vida de los santos que leía frecuentemente. Se colocó los anteojos y comenzó a hojear... Pero no leía. Yo sabía cuando él estaba preocupado.

Completamente entristecido, sin saber qué hacer, me senté en mi camastro a esperar...

A los veinte o treinta minutos volvió mi madre jadeante, pero con el rostro lleno de alegría. Sin decir nada, sacó de su bolsillo el juguete y me lo entregó:

—¡Aplástalo!— me dijo.

Con cierto temor, lo aplasté y de nuevo el perrito sacó su lengua rojiza y sonó el silbato. No dudé: mi madre había comprado otro juguete. Pero ¿con qué dinero? Mi padre debió pensar lo mismo. Comprendiendo sin duda nuestra inquietud, ella se apresuró a explicarnos:

—Fui al mismo lugar. Había mucha gente que compraba... Agarré uno de los perritos, comprobé que funcionaba, pregunté el precio y, cuando la vendedora atendía a otras personas, sin que nadie se diese cuenta, coloqué en el mostrador el perrito que tenía en la otra mano... Agradecí a la vendedora y le dije que el juguete era muy caro. Me alejé rápidamente. nadie pudo ver el cambio que ocurrió... Dios me perdonará, pero El sabe que somos pobres...

Mi padre apreció la

alegría que los tres —especialmente a mí— nos causaba esta pequeña maldad. Nos sonrió y movió su cabeza... Lo importante era que otra vez tenía mi juguete. ¡Mi único juguete! De nuevo renació la alegría en mi corazón. Corrí hacia mi madre. La abracé por el cuello y, lleno de júbilo, la besé.

—Gracias, mamita, gracias... Que Dios te pague... Y dirigiéndome a mi padre:

—Gracias, papá... El juguete es muy lindo, me gusta mucho...

—Bueno, hijito, ya ves que Dios es siempre bueno con nosotros... acotó mi madre con una amplia sonrisa en sus labios.

Coloqué mi perrito de goma y mi bolsita de colaciones junto a mi almohada. Los contemplé largamente... Fue lo último que recuerdo de aquella noche. Guardo todavía en mi memoria, a pesar de los años que han pasado desde entonces, la tristemente agradable sensación con que me adormecí.

Al día siguiente —25 de diciembre—, antes de las siete de la mañana ya estaba despierto. Mi madre andaba de un lado a otro arreglando las

cosas. Sentí que preparaba el agua de raspadura, nuestro desayuno habitual... me incorporé en mi camastro. Siempre hacía frío a esa hora, pero no lo sentí como los otros días, cuando debía levantarme rápidamente para ir a la escuela. Hoy era un día de fiesta. Fiesta universal de paz, de amor y alegría. Durante la noche había ya nacido el Niño Dios y todos nos alegrábamos porque El nos había traído el consuelo y las riquezas del espíritu... Nos prometía el Reino de los Cielos. Este era un día diferente a todos los demás. Era Navidad.

En mi cabecera, junto a mi cara, estaban mi perrito y mi bolsita de colaciones. No los había tocado. ¡Cómo los quería! ¡Eran míos! Pensaba que mostraría a mi hermano mi lindo juguete y con él compartiría mis colaciones. Estaba seguro de que él me contaría su vida en el internado. Me hablaría de sus estudios, de sus travesuras, de la disciplina que allí existía. Me informaría acerca de sus compañeros, de sus planes para el futuro. Creía que yo debía narrarle mis pequeñas alegrías. Le diría que mi escuela es pobre, que muchas veces mi profesor no iba a

clases, que tenía muchos compañeros... Pero sobre todo le mostraría mi juguete.

Con mucha precaución, cogí mi perrito... ¡Qué lindo era! Lo aplasté y sacó la lengüita... rojiza... como la primera vez... y sonó el silbato... Y, con mucho cuidado, repetí el aplastón muchas veces; contemplaba como siempre la lengua se extendía y se contraía... Era mi juguete... Pero, como aconteció la víspera, enmudeció repentinamente y no salió la lengua... Sí... Aunque no quería dar crédito a mis ojos, comprobé que volvió a romperse la lengüitilla... El perrito quedó silencioso, sin lengua, muerto, y todo ello en mis propias manos, antes de que llegase mi hermano. Contemplé el juguete con cierta angustia, a veces con un poco de rabia, de rebeldía ante lo imposible. A modo de explicación, pensé que podía tratarse de juguetes muy guardados, por lo cual dejaban de funcionar al poco tiempo... ¡Mi único juguete! Me entristecí... No, ahora ya no tenía ganas de llorar... Era la impotencia ante lo imposible, ante lo insuperable. Nada, nada podía hacer.

Si, lo recuerdo como si fuese hoy, aunque desde entonces han pasado muchos, pero muchos años... Ya no tenía sentido la Navidad ni la venida de mi hermano ¿Perdí entonces la única ilusión de mi niñez? No lo sé. Pero sentí que, junto con mi perrito de goma, algo en mi vida había muerto para siempre. Algo que, durante toda mi existencia, nunca podría recuperar. Sí. Porque esa mañana, en el humilde y estrecho cuarto donde transcurrió mi infancia, sentí que algo de mí se desprendió, algo que jamás volvería a tener. ¿Fue acaso la sensación que se experimenta cuando desde el fondo del alma se aleja la esperanza para nunca más volver? Tampoco lo sé. Pero un sólo pensamiento me atormentó desde ese día:

—¿Por qué Dios es tan malo conmigo que me quita lo que yo más quiero? ¿por qué? ¿Por qué no me ama como a los demás?

Tomado de su libro
"Entre la luz y el crepúsculo"